

UN «LIBRO DE ESTILO» PARA UNA NARRATIVA
ÉTICA SOBRE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

«...es verdaderamente un discurso que actúa, que transforma o crea el mundo, o algo del mundo, que tiene un «efecto-mundo»»

Barbara Cassin

En el ensayo anterior desgano las causas por las que considero urgente contar mejor la inteligencia artificial y apunto los obstáculos que dificultan esa tarea. Propongo aquí la idea de «diseño narrativo» ético como una fase imprescindible en el desarrollo de esta tecnología, una capa sin la cual no puede considerarse completa. En su lado más práctico, el diseño narrativo implica la elaboración de un «libro de estilo» como recurso inmediato para superar los desafíos que plantea la narrativa de la inteligencia artificial: un conjunto de normas que ayuden a conformar ese relato del modo más preciso posible, lejos de escenarios catastrofistas y de esperanzas exageradas.

Detengámonos, por ejemplo, en el titular: «La IA ya diagnostica tumores mejor que los expertos y amenaza el empleo de miles de médicos». Y observemos algunos problemas narrativos por orden de aparición, para extraer normas que vayan conformando ese libro de estilo.

1. «La»: hablar de «la» IA resulta impreciso en un ejemplo como este, porque la IA no es un ente único que diagnostica tumores, traduce lenguas y conduce automóviles, sino un amplio conjunto de técnicas separadas. Precisamente el hecho de que hagan falta diversos modelos para diversas tareas marca la principal diferencia con la inteligencia humana. Decir que «la» IA ha descubierto algo es como afirmar que las Ciencias de la Comunicación han destapado un caso de corrupción. La confusión procede en este caso del hecho que la disciplina se llame como aquello que aspira a alcanzar en un horizonte remoto: inteligencia artificial.

2. Peor aun es la alternativa de recurrir al artículo indeterminado: «una» IA. Aquí parece aludirse a un individuo genial dentro de una población de mentes artificiales que ha logrado el hito en cuestión, cuando en realidad hay un modelo replicable y abstracto. Titulares del tipo «Una IA identifica al autor de una obra anónima de...» resuenan en mi cabeza a algo así como «Una hoja de cálculo predice los beneficios de una empresa» (y tienta agregar: «mejor que su director financiero»).

3. «IA»: he comentado en el ensayo anterior los problemas de origen de este término y algunas alter-

nativas propuestas por diversos expertos. Cabe añadir aquí que, en la gran mayoría de los casos, los avances más impactantes de los últimos años se enmarcan en el ámbito del aprendizaje automático, uno de muchos campos de la IA, y sobre todo en el aprendizaje profundo, una forma del aprendizaje automático. Decir que «un sistema/ algoritmo/ modelo de aprendizaje profundo» genera texto lógico y convincente puede ser menos atractivo que contar que «una IA ha aprendido a hablar». Pero es más exacto y se presta menos a pensar que detrás de ese logro hay conciencia o comprensión o sentimientos. Importa también que los términos «aprendizaje automático» o «aprendizaje profundo» deban presentarse subordinados a conceptos como sistema, algoritmo, arquitectura, modelo, etc., porque estos términos suponen la idea de algo creado y de un diseñador detrás, a diferencia de lo que ocurre con el énfasis autónomo y casi místico de una «inteligencia artificial». Finalmente, poner nombre concreto al modelo usado (el sistema de IA DeepMind) acentúa la situación real: es un desarrollo de empresas y humanos, no un ente único y etéreo.

4. «La IA»: ¿es realmente este el sujeto de la oración? Frecuentemente, no. En un caso como este, la realidad es que un grupo de científicos —el verdadero sujeto— ha aplicado sistemas de IA para conseguir un objetivo determinado. Más allá de los problemas filosóficos y legales que plantea, la IA sigue siendo en gran medida una herramienta. Colocarla en posición de sujeto alimenta la falsa impresión de que goza de autonomía, y al mismo tiempo minimiza el mérito (o